

SOBRE  
JOSE ENRIQUE RODO

I

Durante muchos años consideraron los admiradores y críticos de José Enrique Rodó, que éste era fuera de toda duda un excepcional estilista, un noble esteta, un escritor sin rivales en América. Su nombre, vinculado al de Darío, abría la luminosidad del modernismo. Se alababa la perfección y nitidez de su estilo, la serenidad escultórica de su expresión literaria, el influjo majestuoso de su discurso por momentos elocuente, y en múltiples instancias dotado de gracia y elegancia. Sobre la personalidad de un escritor así, en el sentido clásico y humanista, conciliándose con la flexibilidad del modernismo, se establecía la aureola consagrada de Rodó, que sirvió

para erigirlo en el centro de la problemática del pensamiento americano; para esa inmovilización del gran escritor se constituyó una eminencia justamente laudatoria. Después, cuando ocurrió la transformación de las ideas y de la historia, como resultancia de las dos guerras mundiales, con el auge de los conflictos sociales, las turbulencias de las tragedias humanas más pavorosas de la historia, y de las crisis y violencias repetidas, que atormentaron a los hombres, los escritores y las masas, aquellos caracteres sirvieron de base para criticar acerbamente lo que impropriadamente se llamó el aristocratismo de Rodó. Se le consideró como un escritor representativo de una sociedad económica privilegiada, que no vibró lo suficiente ante la vida, el dolor y la miseria del hombre americano. Desde las costas del Pacífico, en donde el problema indígena constituye un elemento fundamental para toda consideración política o social, hasta las jóvenes generaciones universitarias de los otros países, se levantaron desconfianzas y reservas frente a lo que se llamó el Arielismo, el idealismo sin contacto con lo real, la artificialidad contra la naturaleza, el alejamiento del pensador sobre el sombrío panorama de la América Latina. La consecuencia inmediata de toda esta actitud revisionista en la estimación de nuestro compatriota, fue que se dejó de lado, y en el fondo, como un logro artístico insuperable de hermosura y serenidad, al artista, al ensayista y evocador de un neo helenismo ejemplar. Se le reconoció la importancia como tal, la indudable perfección dentro del lenguaje castellano, en el dominio mis-

terioso de lo artístico, o de lo estéticamente expresable. Pero se criticó al *pensador*, como se decía. No se estuvo entonces desacertado pues, al establecerse la separación enunciada: el artista por un lado y el pensador por otro. Rodó pasaba a ser uno de los pensadores del idioma y de la conciencia continental; se anunció ya en Ariel, se confirmó en los "Motivos de Proteo" y en sus ensayos y biografías. Y lo que no satisfacía a las nuevas generaciones era precisamente esta adjudicación discriminatoria y primordial de *pensador*. Al canonizarlo así, entraba en el universo borroso y solemne de los pensadores americanos, quienes además de sus obras escritas, tenían como correlato histórico, la acción política sobre sus respectivos países: la repercusión educativa y conductora, sus conclusiones, en la urdimbre social que lo rodeó en su pasaje por el mundo. Rodó pasaba a alternar, por ejemplo, en la categoría de los *pensadores*, con Sarmiento o con Montalvo o con Martí.

Una generación de preparación intelectual más severa y bien documentada, menos admirativa y elogiante, aceptó esta dualidad sustitutiva y así establecióse, después de un examen bien dirigido, determinándose que se trataba de un artista y de un pensador a la vez.

Desde ese momento Rodó quedó por algún tiempo considerado para su bien o para su mal, dentro de la categoría de los pensadores, otorgándosele a su obra proyecciones pragmáticas. Esto último sirvió para

intentar hacer palidecer su figura, y fue corriente que se oyera decir por ahí: como artista lo admiramos; no tiene rival en su época y en su idioma. Como pensador no lo aceptamos por tales o cuales razones; éstas variaban mucho desde los distintos grupos sociales, religiosos o políticos. En el fondo es posible que los fanatismos y los irracionalismos abusasen de las perspectivas a priori que utilizaban para juzgar a Rodó.

Pero fue así, y a medida que transcurrieron los años y nuevos conflictos y problemas se plantearon, como oleajes que se encrespaban bajo los vientos ciclópeos en los poemas homéricos, entre el movimiento cíclico del pensamiento o en la palpitación de lo vital, de lo humano, de lo socialmente corregible, nuevas reservas y contraposiciones se le harían... ¿Pero, eso mismo, no constituirá al fin una prueba de la vigencia, la persistencia, la potencialidad, la actualidad de su obra? ¿Una de las formas más sorprendentes de la autenticidad de un pensador, no radicará ahí, en esa beligerancia renovada sin cesar, con encono o con ponderación, que le ofrecen las generaciones? ¿Esa virtud de suscitar los problemas no es el signo de lo que ocurre en ciertos pensadores, del linaje de Heráclito hasta Nietzsche, autores que a primera vista nada tendrían que ver con Rodó?

II

Hace algún tiempo dejé escrito esto al preseleccionar el llamado pensamiento vivo del autor: "Hay un Rodó que el tiempo va destruyendo, hay un Rodó

fijado o que permanece inalterable como las figuras ya inmutables de las consagraciones universitarias; hay, por fin, un Rodó que va continuamente viviendo, rehaciéndose, creándose a través de una energía inagotable del espíritu y la belleza”.

A esta última forma de existir es a la que preferiría dedicarle mi atención ahora. Simultáneamente con el encumbramiento de Rodó entre los pensadores de nuestro tiempo se fue perfilando una fisonomía realmente inesperada para muchos. Ello se debió preferentemente gracias a este libro cuyo cincuentenario conmemoramos ahora. En el resto de la obra, existen fragmentos que conducen a la misma trayectoria final, pero los “Motivos de Proteo”, considerados en su situación de época, en la universalidad de sus problemas, en la acentuación de los enigmas de la vida consciente, en la riqueza analítica tan penetrante, pasó a ser valorizada como una obra filosófica, en el más clásico sentido. En esa apreciación podría ya afirmarse que para mejor discriminar debe ser considerada totalmente aparte del resto de la producción de Rodó. En un sentido riguroso, no tendría nada que ver con los otros trabajos, es de una unidad centralizada e independiente y se coloca ante la historia de las ideas como un ensayo de filosofía, que concuerda con los movimientos posteriores a 1920 y con los contemporáneos de William James y Bergson. El bergsonismo en América ya se conocía en la época de Rodó, pero su maduración fue posterior. Nuestro autor coincidió con la filosofía de la movi-

lidad, de la intuición pura, de la transición y de lo fluyente que amplían y superan el panorama filosófico del siglo XX. Los temas de la conciencia personal, las motivaciones sobre el yo vocacional, las oscilaciones de lo fluyente del tiempo psicológico y de lo inconsciente, como actividad secreta y propulsora, la investigación sobre la creación científica y artística, todos los preámbulos de la metafísica que habría de imponerse después, fueron misteriosamente meditados por Jose Enrique Rodó en esta obra.

Los últimos comentarios sobre las ideas filosóficas en América Latina coinciden en considerar la *novedad* del pensamiento de Rodó y la anticipación de sus intuiciones sobre la vida psicológica y las vivencias. El hecho es singularmente raro, casi inesperado, la explicación podría intentarse en el estudio más minucioso de las relaciones intelectuales de Rodó con las obras fundamentales de Bergson, así también en el análisis del carácter solitario, huraño, introverso del pensador uruguayo. Paradojalmente aquel autor que fue considerado al principio como una proyección derivada de las ideas de Montaigne, de Renán y Guyau, resultó al final un conocedor o un adivinador de la fecundidad metafísica del bergsonismo. Conjuntamente con esta colocación que concordaba con la noción de una conciencia perpetuamente móvil, en un devenir constante y armonioso, en una serie de sustituciones temporales irreversibles, confirmadas por la filosofía posterior de la ontología de lo temporal, el símbolo elegido, de

procedencia helenica, el Proteo, especie de servidor secundario y oscuro que cuidaba los rebaños de focas de Poseidon, pasó a ser una encarnación mítica y brillante del hombre irguiendo su permanencia directriz por encima del devenir heraclitano. Porque Proteo adquirió relieve en la consideración de la cultura contemporánea de América gracias a Rodó. Antes de él era una figura opaca y turbia que sólo servía para comprender algo de las transformaciones vitales que imitan la turbulencia del océano. Rodó lo recreó, infundiéndole la escultura de una potencialidad definida e iluminándolo con la inteligencia y la belleza. Desde entonces su transfiguración adquirió vigencia de símbolo, más allá del plano no previsto en las consideraciones de los autores clásicos.

Para mayor prestigio, y al mismo tiempo para coronar la grandeza de esta obra, su autor la enalteció, con la inclusión, de tiempo en tiempo, de las parábolas, en cuya estructura se unieron las procedencias bíblicas, orientales y platónicas. Las parábolas en Proteo elevarán su arquitectura espiritual, sirviendo simultáneamente a dos grandes fines: uno literario y artístico en sí, por su poderío evocador y narrativo, y otro filosófico por sugerencia o alusión o por sus oportunas aproximaciones al pensamiento puro.

## III

Uno de los críticos más certeros de nuestra América, Pedro Henríquez Ureña, comentó inmediata-

mente de la aparición del libro de Rodó, esta vinculación filosófica que en él se revelaba. Ya en 1910, dijo lo siguiente en el Ateneo de la juventud de México "La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos evitarlo, es un deber vigilar nuestra transformación constante, dirigirla y orientarla"

Dios, hombre, mundo, los temas eternos y variables de la filosofía preocuparon a Rodó. Ya lo hizo notar hace poco Albarrán Puente, en su conocido trabajo, la tesis doctoral que presentó en la Universidad de Madrid. En esa obra se amplía y complementa la ubicación señalada por Henríquez Ureña y Gaos, y se extiende a toda la obra de Rodó, la búsqueda del sentido filosófico. Paréceme que, por ahora, es suficiente centralizar y concentrar ese tema, en los "Motivos de Proteo", porque allí es donde encuentra su más profunda y hermosa expresividad. Ocurre algo así como con el Discurso del Método cartesiano, y la Evolución Creadora de Bergson, que son en similar sentido, la expresión más auténtica de las ideas centrales en dos grandes sistemas conocidos.

No se desdena, es claro, el bello e incitante buscar en toda la obra restante, materiales significativos, pero Rodó fue un escritor que para desorientarnos más, escribió profusamente sobre los más diversos

temas, en su corta existencia, uniendo fecundidad y multiplicidad con eso que al fin se logra raras veces perfección formal, límite, labor de artifice, preciosismo y humanidad, armonización de los contrarios formales de la expresión pensante y verbal

La metafísica de Occidente, muchos años más tarde, iba a orientarse por la vía entreabierta de esa evolución creadora, cuya enunciación se encarna en la renovadora especulación bergsoniana, hacia una metafísica del tiempo, que culmina en 'El Ser y el Tiempo' de Heidegger. Y lo sorprendente es que esta dimensión tan profunda de la ontología de nuestra época, haya contado entre los precursores del movimiento, con la intervención de la filosofía de la personalidad y de la conciencia móvil, que impulsa en el fondo la temática de nuestro pensador, el cual no tenía por que vislumbrar, seguir o aceptar las proyecciones futuras del movimiento, sino que solamente lo enuncio, lo utilizó, lo intuyó en su propia conciencia y se sirvió de él para constituir una obra de carácter estético y moral, de trascendentes proyecciones para la superación del humanismo, por medio de un idealismo trascendente de la acción y de la conducta

Nada más que esa coincidencia, esa novedad dentro del positivismo crepuscular en que se formó, son suficientes para que reconozcamos en Rodó una categoría filosófica de validez y permanencia

Todos recordarán fragmentos célebres que integran el transcurrir del pensamiento de "Motivos de Pro-

teo" "El tiempo es el sumo innovador Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas y sobre las cosas Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío, y aún más cada instante de la aparente tregua de indiferencia o de sueño, con que se interrumpe el proceso de tu actividad consciente, pero no en el de aquella otra que se desenvuelve en ti sin participación de tu voluntad y sin conocimiento de ti mismo son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad en edad de decenio en decenio mudas de alma, que sorprenden acaso a quien no ha tenido ante los ojos el gradual desenvolvimiento de una vida, como sorprende al viajero que torna, tras larga ausencia, a la patria, ver las cabezas blancas de aquellos que dejo en la mocedad" (*Motivos de Proteo* 12)

Con un deliberado propósito, no trataré de proseguir esta extraña circunstancia que favorece en grado superlativo, a la personalidad de Rodo, al encontrar en él anunciada y con toda seguridad sin proponérselo, y dirigida hacia otros motivos y finalidades, la importantísima primacia de lo temporal en lo consciente, en lo creado, en lo espiritual en grado ontológico, y en lo religioso todo lo que impregna secretamente la urdimbre de su pensamiento en "Motivos de Proteo"

Sería una tarea enojosa y al mismo tiempo prematura, el hacer aparecer a Rodó, entre los precursores de las tendencias vigentes en la filosofía de nuestros días. Máxime que tal vez la pretension tendría que fundamentarse en un sentido de precisiones y justificaciones, que darían lugar a mayores estudios. Pero lo indudable es que "Motivos de Proteo", libro que apareció en 1909, en una época de agnosticismo, de superficialidad filosófica, de idealismo estético complicado con un ámbito social y cultural que iba a sufrir conmociones imprevisibles, se mantiene en perpetua actualidad en nuestros días, renovándose y afirmandose, no sólo por las virtudes y méritos que se le reconoció de inmediato, sino más bien como portador de un mensaje original y secreto que le confiere una trascendencia insospechada y le aseguran una dimensión en el tiempo de las ideas, que no se presumía cuando empezó a circular por América y España. Y esto nos hace volver al tema de las metamorfosis del pensamiento y del estilo de Rodó. Si el pensador político y social, el removedor de ideas, el renovador de las esperanzas de los hombres de su tiempo en lo que éste debió tener de pragmático y aplicable a los problemas del continente, sufre desmedro y se empalidece, en cambio el filósofo y moralista que ahonda en la universalidad de lo humano, en la misma esencia de lo espiritual del hombre manumitido de su tiempo y de su necesidad, se afirma, se revela, se amplía y se constituye en una de las mayores aportaciones especulativas sobre los temas vivenciales del alma.

## IV

En 1945, el pensador español José Gaos, radicado en Mexico, publicó una obra, "El Pensamiento de Lengua Española", obra importantísima que estudia conjuntamente, como constituyendo una unidad histórica y racial, todo lo que se destaca como característica de lo filosófico en España y América. Allí encontramos por primera vez una valoración de Rodó tomándolo en su aspecto filosófico, y abriéndole al pensador nuestro, una colocación entre los que más han contribuido a la expresión de las ideas centrales de la filosofía en nuestro idioma. Consideramos que la estimativa del pensar rodoniano hecha por Gaos, constituye un acontecimiento fundamental dentro de la posteridad crítica de aquel autor.

A primera vista, lo novedoso de Gaos es considerar a Rodó puramente como teorizante, pensador o filósofo. Y ya se establece de inmediato una categoría valorante que llamaría poderosamente la atención. Es encontrar que Unamuno y Rodó, han producido las "obras de las más altas del entero pensamiento hispano americano contemporáneo". Las cumbres de dos de sus *nombres centrales* son "Los Motivos de Proteo" y "Del Sentimiento trágico de la Vida", del salmantino.

Hasta entonces, no habíamos considerado que estos autores se hallasen en posibilidad de aproximación. Lo primero que resalta es el antagonismo personal y hasta trascendental, vida, cultura, temperamento, obra, estilo, todo lo que en ambos perfila su gran-

deza particular, los opone El mismo Unamuno no aprecio bien a Rodo, se expreso ante el como si no le interesara su ubicación espiritual ni su ideología Pues bien, para Gaos, de todo el pensamiento de lengua española, las dos obras mayores son las citadas, y hay una vinculación innegable y valiosa entre ellas Realiza después una detallada fundamentación de estas originales aproximaciones entre ambas obras Es indudable, que uno de los méritos de la critica filosófica, es que siempre se basa en consideraciones de valor auténtico desentrañar, vislumbrar, intuir lo concreto, lo esencial, lo propio de cada sistema, de cada autor, de cada conjunto de ideas o insinuaciones Proyectar una luz aclaradora y unificante sobre la obra múltiple, variada o heterogenea de un pensador y desentrañar su intuicion autentica, o la cosmovision basica, sobre la cual se apoyan los desarrollos y las conclusiones

Esta búsqueda, fue ya proclamada como la única manera de compenetrarse con la intuición central de un sistema metafísico, por parte de Bergson, en su conocida obra sobre el metodo intuitivo Pero sin ceñirse estrictamente a la metodología de Bergson, es indudable que un buen expositor o crítico de las ideas filosoficas termina por realizar una revelación concreta, clara, delimitante y diferencial, de un sistema dado o propuesto

Esta búsqueda de un vértice común a Unamuno y a Rodo para la estimulación de su validez filosófica, requiere las eliminaciones y separaciones, "el

dejar de lado" obras importantes, medios estilísticos y méritos literarios muy considerables. En tal orden de eliminaciones, todo Unamuno quedaría representado por dos obras "La Agonía del Cristianismo" y "Del Sentimiento trágico de la vida". Todo Rodó, quedaría circunscrito a su "Motivos de Proteo".

Presumimos lo que pueda tener de limitante y escandaloso el colocar sobre el filo de la navaja del juicio axiológico, una pretensión expuesta con tanta desnudez. Pero ¿y si en ciertos instantes fuera necesario proceder así? ¿Y si lo esencial para la posteridad del pensamiento, fuera una fatalizable aproximación de eso? ¿Qué se quiere realizar cuando se acentúa el valor del "Yo pienso, luego existo", cartesiano? Yo le he oído decir, a Vaz Ferreira, que la obra representativa y cumbre de Unamuno fue "Del Sentimiento trágico de la vida", y que la de Rodó, fue los "Motivos de Proteo". Eso, hablando incidentalmente de otras cuestiones, al posar la atención sobre esos nombres. Es que en ciertos planos de la valoración superior no hay más remedio que *elegir*, que *preferir*, que *exaltar*, dentro de una estimativa unitaria. Desde luego que estamos en el camino de peligrosísimas maneras de pensar. Por ejemplo todo lo que escribieron Rodó y Unamuno, antes y después de esas obras, fueron pretextos, rodeos, esbozos, con el fin de que resplandecieran ellas. Fijémonos bien, que la posteridad ha realizado ya con poetas, dramaturgos, pintores, novelistas, simplificaciones similares. Discutible, y apresurada o no, desde el punto

de vista de la supervivencia de un pensamiento altísimo, es indudable que la validación de Gaos, es digna de ser tenida en cuenta

La otra aproximación que comprueba Gaos entre ambas obras, en apariencia tan divergentes y en autores de raíces humanas tan contrapuestas, es que ambas creaciones parecen "extrañas en absoluto a toda circunstancia concreta, histórica, ni estética, ni política en acepción alguna, ambas absolutamente individualistas"

Esta particularidad de no participar de un tiempo reconocible, ni a una nación o circunstancia dadas, sino de adscribirse ya en el ámbito de una motivación pensante universal, es en nuestro sentir, lo que les otorga calidad filosófica específica. Son dos libros que podrían pertenecer a cualquier gran época y atmósfera, y ser comprendidos por estudiosos de cualquier tiempo y cultura. Los 'Motivos', añade Gaos, 'son los de la dinámica estructura de la vida del Proteo que es todo, cualquier individuo humano, genérico o general, por ello el libro procede proteico-melódicamente, por motivos tomados a casos y ejemplos parabológicos de todos los países y edades que no llegan a membrarse en el cuerpo y alma de uno, de ningún humano viviente, que ha de ser históricamente individual'

El carácter confesional del Proteo, de dejarse conducir por la extraordinaria musicalidad de un devenir consciente, cuya intimidad se exhibe y se detalla con toda minuciosidad y sabiduría, ya utilizando los

datos de la propia conciencia que se confiesa, ya aprovechando las personalidades simbólicas que se escoge de la epopeya humana del saber, todo ello, vincula la esencia de la obra con las confesiones de Plotino o San Agustín, o con las mismas meditaciones cartesianas

La madeja interior del hombre eterno, se deshila en los miles y miles de hilos del transcurrir temporal, estremeciéndose de contenidos conscientes o subconscientes, pero perfectamente arraigados en la naturaleza humana, allí donde las tenues lamparas de las ideas empiezan a iluminarse al contacto con los carbones apenas encendidos de las formas larvarias de lo vital

Pero el artista superdominante que hay en Rodó, en ese mismo instante, cuando planeó el término y el ámbito arquitectónico de sus meditaciones, supo recurrir a las más elegantes y diáfanas expresiones del idioma y coronó su pensar con las parábolas y los cuentos, asociando sabiamente a San Marcos con Platón. Tal vez ahí, ya empezó a alejarse de Unamuno. Este quiso expresar radicalmente en "Del Sentimiento Trágico", la irrenunciable sed de inmortalidad de la criatura humana. La incontenible voluntad de no morir, de repudiar la nada y el no-ser, consagrándose el pensador español, en describir esa enteleguía de carne y hueso que descubrió en cada hombre, y que protesta rabiosamente por no-morir. "¿Por qué filosofa el hombre?", se pregunta Unamuno. "¿Por qué quiero saber de dónde vengo y

adónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto?" — "Porque no quiero morir del todo, y quiero saber si he de morir o no definitivamente" "Y si no muero ¿qué será de mí?, y si muero, ya nada tiene sentido" El pensamiento de Rodo se aleja de estas interrogaciones últimas, salvándose precisamente con la comprobación de aquel universal concierto de la actividad creadora del espíritu, que confirmó precisamente la solución del enigma del existir, sumergiéndolo, identificándolo, integrándolo, en el devenir del tiempo y del espíritu, simultáneamente convertidos en la fundamentada justificación de una actividad infinita, —que todo lo sublima en la gran armonía del Universo, que el hombre y el pensador descubren, más allá de su conciencia individual

## V

He realizado un esfuerzo por caracterizar el tema central de ambos libros. Un esfuerzo infructuoso, es muy verosímil, pero al mismo tiempo creo que ello no estaría perdido del todo, si en adelante se ahondaran los estudios destinados a conocer mejor la confluencia de esas obras, que son el más elevado relieve del pensamiento de nuestra raza. De la misma historia de las ideas filosóficas surge otra cuestión muy importante y que atañe también a la obra de Rodó, "Motivos de Proteo", que estamos analizando al cumplirse el cincuentenario de su publicación. Estrictamente, ¿a qué género literario pertenece?

¿Es una obra que concuerda con las clasificaciones convenidas? Cierta vez Rodó enunció que se trataría de un libro de *moral práctica y filosofía de la vida*, de análisis ideológico, de didáctica, de exposición moral y psicológica, de dialectica, de filosofía moral, de apotegmas ¿Después de publicado el libro, respondió a los planes de su autor? ¿Se trata de una obra literaria, de estética superior y no sistemática? ¿Se trata, como se pretendió insinuar ahora, de una obra ante todo filosófica? El problema, aunque parezca secundario, es realmente serio por referirse a la obra maestra de un pensador que es un estilista de relevante categoría, la creación de un espíritu ordenado, clásico, armónico, y que no tiene al parecer ubicación precisa dentro de los órdenes literarios. En caso de que sea considerada como una obra de pensamiento, ¿en qué medida los procedimientos usados, se mezclan y clasifican con las reflexiones, con las imaginaciones las narraciones magistrales y bellas, las parábolas, los mitos, con tanta brillantez, colorido y realidad presentados al público? ¿No se ha llegado hasta afirmar que lo perdurable de estos "Motivos" son las parábolas en sí, sin las consecuencias morales, sin las aplicaciones, como ficciones o fábulas de la imaginación y como encanto de la maestría descriptiva? ¿No se han seleccionado en pequeños volúmenes ilustrados las parábolas y cuentos de Rodó, para hacerlos brillar como primores del idioma y de la poesía?

Como se percibe, todas estas antinomias del género literario y de la actividad del arte y el pensamien-

## EMILIO ORIBE

---

to, se levantan y oscurecen la ilusoria o pretendida claridad del pensador. Esa misma dificultad ¿no tiende más bien a incitar a la posterioridad, a subyugarla, a hacerla tributaria de algún sortilegio o hechizo, que atraiga a los hombres? En alguna medida eso ocurre con muchas obras célebres pero con los "Motivos" ello aparece como una constante atención de los comentaristas. Todavía existe algo más ¿Y si "Motivos de Proteo", fuera, ahora, a los cincuenta años, una creación de la inteligencia o de la fantasía humanas, que sobrepasa lo que se propuso su autor, lo que creyó su autor que fue, lo que creyeron los contemporáneos y críticos inmediatos? Porque esta es la tentación incoercible del espíritu que guía estos comentarios. Se trataría de una motivación hondísima alrededor del tema metafísico de la existencia humana, de la agonía del ser en lo temporal, del naufragio o salvación de la persona dentro o más allá del universo físico. Principalmente, se trataría de eso, y por eso concuerda con la restauración metafísica de nuestra época. He ahí su gran mérito. Además, sería lo otro, una obra de excelente estilo y de extraordinaria belleza literaria. Las parábolas y leyendas funcionarían de clarificación pensante o moral y al mismo tiempo traerían el encantamiento y el deleite que conducen hacia la belleza sin velos y a la vez enigmática.